

Trinidad se ha convertido en mi madre adoptiva

El joven artista de la plástica Jorge Félix Cabrera Morgado se asentó en la tercera villa, uno de los escenarios mercantiles del arte más controvertidos de los últimos tiempos

Texto y foto: Lisandra Gómez Guerra

Aún no levantaba muchas cuartas del piso cuando la mirada se le perdía ventanas adentro de la Galería de Arte Oscar Fernández Morera, de la ciudad del Yayabo. Sentía como si una fuerza mayor lo arrastrara al diálogo con los grandes cuadros que desde fuera parecían immaculados. Un buen día se prometió ser uno de los nombres que colgaban en la puerta, en calidad de autor de las obras tatuadas en las paredes. La constancia y amor hacia el arte lo acompañaron en el arduo camino. En cada inauguración el sobresalto de Jorge Félix Cabrera Morgado delata la inocencia de aquel niño.

“Tuve como meta llegar hasta aquí y la cumplí. La seguiré manteniendo siempre, ya sea en la propia galería, Casa de la Guayabera o la sede del Comité Provincial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Estaré siempre donde me ofrezcan un espacio para exponer”, dice, al regreso a predios yayaberos con su muestra *Ciclo*.

Herederero de la teoría y práctica de la otrora Escuela de Instructores de Arte Vladislav Volkov, de Sancti Spíritus, irrumpió entre los creadores profesionales, todavía vestido de uniforme; una etapa que no encontraba fin a las horas para crear y aprender de cada una de las personas que lo rodeaban. Años en que comprendió que las Artes Plásticas, además de exigir talento, precisan de consagración y de asumir los instrumentos de trabajo como partes intrínsecas de la vida.

“Muchas personas han cuestionado la preparación de la Escuela de Instructores de Arte porque aseguran que allí no daban la misma formación de una academia, lo cual es cierto; pero teníamos mucho tiempo, y si lo aprovechabas superándote con los talleres, espacios que estaban creador, crecías como artista. De ahí salió un grupo grande de personas que tenían mis mismos intereses porque queríamos aportar. Era un vicio trabajar, trabajar...”, refiere al calificar sus primeros acercamientos con conciencia al panorama creativo.

¿Cuándo fue su primera vez en un espacio galerístico?

El primer *Espíritu Abstracto* que se hizo en Sancti spíritus, un evento que me gusta mucho —no sé por qué ha tendido a desaparecer—. Sin graduarme fue mi primer choque con esto, y de ahí para acá no quise parar más.

¿Por qué apostó por Trinidad?

Su mercado lo descubrí desde aquí. Era mi fuente de ingreso hasta que llegó el momento en que tantos revendedores de arte, parásitos de los artistas, me asfixiaron, y junto a un amigo me aventuré a irme hasta allá. Nos alquilamos y probamos suerte hasta hoy.

¿Nunca ha sentido que dialogar tan de cerca con la llamada “candonga” puede desvirtuarlo?

Mucha gente me dijo: “Si te vas, decrecerás, perderás”, y tampoco lo veo así. Hay varios ejemplos de personas



Jorge Félix defiende su línea estética en las creaciones.

que han llegado y se han superado. He logrado mi mercado. Tengo mis obras para comercializar que no las regalo. Hago, paralelamente, mi trabajo, ese que traigo a galería y que también comercializo; pero en menor medida. La clave está en que uno se tiene que respetar. Si no vendo, me lo quedo y tendrá otros fines. Lo que más me ha permitido Trinidad es aprovechar el tiempo; se ha convertido en mi madre adoptiva.

¿No ha sido mucho más complejo posicionarse en ese mercado con sus abstracciones?

“Es con lo que estoy trabajando desde que me gradué. Sí han variado las obras y han mejorado; pero sin salirme de esa línea muy mía. Pudiera agregar y quitar elementos, mas, mi sello tiene que estar. No resulta un capricho porque es un compromiso conmigo. En cada obra me resisto a darles a las personas todo porque esos conceptos están codificados para mí. Prefiero que cada quien la vea e interprete lo que quiera”.

Descubrir las propuestas nacidas de las manos del espirituario de cuna Jorge Félix Cabrera Morgado no es complicado. Dos estudios talleres en céntricos espacios de Trinidad las resguardan.

“Lo más importante es que las musas te cojan trabajando. Solo necesito estar en la casa, y no paro de trabajar”, asegura.

¿Ser afiliado a la Asociación Hermanos Saíz (AHS) le ha respaldado esas convicciones creativas?

En Trinidad trabajamos un grupo grande de jóvenes, en su mayoría miembros de la organización, y eso nos permite intercambiar ideas, tendencias, opiniones, en códigos semejantes. Cuando inicié en la AHS eran

muchos los sueños que me desvelaban. Fue la época en que ni me interesaba ganar dinero porque no tenía aún familia. Lo mío estaba en crear. Ese ambiente que vivimos nos aportó a quienes comenzamos juntos.

¿Qué aconseja a los jóvenes que comienzan?

Tienen que trabajar mucho y jamás parar. Ojo con la tercera villa; Trinidad te puede aportar, pero, a la vez, puede llevarte a la pérdida creativa. No han sido pocos los que tienen propuestas buenas y cuando chocan con ese mercado, lo venden a cuatro quilos y se dejan robar por los intermediarios.

¿Por qué con una posición establecida en un mercado tan competitivo apuesta, una y otra vez, por las galerías?

“Las galerías trinitarias sirven para que te compren las piezas. A veces me da la impresión de que las personas piensan que quienes viven fuera de Cuba saben de arte y realmente no es así. El turismo que entra es igual que el cubano de a pie, le puede gustar o no; entenderlo o no; adquirir algo con valor o no. Eso propicia que se comercialice tanta chatarra. En cambio, a las galerías oficializadas para exponer sí llegan expertos que valoran tus años de sacrificio. Las visitan quienes prefieren disfrutar y no ser protagonistas de un puro hecho mercantil”, refiere.

Es la filosofía de vida de este joven de 32 años, quien vuelve siempre al espacio que añoró desde pequeño, a semejanza de un *Ciclo*, nombre con el que bautizó su más reciente exposición personal.

“Viene de la muestra anterior: *Zona de confort*. Aviso en esta que saldré de mi estado habitual, pero sin perderme de lo que creo”, concluye.

Arroyo Blanco: de vuelta a la historia

Con la persistencia propia que obligan las investigaciones históricas a hacer parir informes sólidos y de profundos argumentos, salió a la luz *Arroyo Blanco 1898: el otro final de la guerra de Cuba*, de Lourdes María Méndez Vargas. Una idea acertada de Ediciones Luminaria porque nos devela un hecho opacado o retenido a las sombras de otros, en que el fatalismo geográfico ha jugado una mala pasada.

Alrededor de 10 años de incesantes búsquedas de documentos, diálogos con expertos y con pobladores de la comunidad jatiboniquense que portan historias de sus antepasados estructuran los cuatro capítulos de una obra —vendida en el más reciente capítulo de la Feria del Libro— que propone una visión poco divulgada del cierre de la Guerra del 95, pues en otros muchos textos se afirma que concluyó con la entrada de los estadounidenses a Santiago de Cuba.

“Para sorpresa de muchísimas personas fue en Arroyo Blanco donde ocurrió el último combate de esa gesta en el centro de la isla, incluso un gran combate, y entrega de plaza de españoles a cubanos, exclusivamente”, refirió la autora encargada de sacar del ostracismo al significativo acontecimiento.

Bajo el mando de José Miguel Gómez —espirituario que posteriormente fue el Presidente de Cuba entre 1909 y 1913— y de Tello Sánchez, hermano del Paladín de las Tres Guerras, sucedió el enfrentamiento. Según los vecinos de la zona, aún en una elevación cercana a la actual cabecera del poblado, si se escarda con ojo aguzado, se encuentran casquillos de la época.

“El trabajo de la historia es difícil y arduo porque es una ciencia y tienes que documentarla. Tenemos que partir de que los espirituanos somos los primeros en estar interesados en enterarnos qué pasó aquí para que al resto de las personas les importe. Hay muchas lagunas en las historias de nuestras comunidades. Aunque se piense que es un tema local puramente, se tocan intereses de la historiografía nacional. Sancti Spíritus tiene infinidad de hechos que son importantes e interesantes”, alegó Méndez Vargas, quien creció en esa localidad, donde aún queda mucho por descubrir.

“Ese pueblito tiene una historia muy linda, pero permanece en el anonimato, salvo por sus viejos habitantes que sí conocen lo vivido, gracias a la tradición oral de sus antecesores. En esa localidad tuvo muy fuerte arraigo la familia de Serafín Sánchez. De ahí que se le dedique el último capítulo del libro”, añadió.

Así se confirmó en la primera presentación del volumen, encabezada por el presidente del Instituto de Historia de Cuba, René González Barrios, a propósito del aniversario 120 de la toma de Arroyo Blanco, y donde los vecinos más pequeños del poblado simulaban lo ocurrido el 28 de julio de 1898.

“Que él asistiera deja muy claro la importancia de esta obra. Algo que le llamó la atención fue la presencia ese día de cinco nietos de los hermanos de Serafín Sánchez Valdivia”, agregó la autora, quien con anterioridad puso en las manos de los amantes de la Historia el título *Arroyo Blanco: la ruta cubana de Churchill*. (L. G. G.)

Arroyo Blanco 1898:
el otro final de la guerra
de Cuba



Este interesante texto es fruto de la acuciosa investigadora Lourdes Méndez Vargas.